

—Todo eso es muy interesante,— dijo Vidal.

—Es un crimen raro, de caracteres impresionantes,—concluyó Espinel.

Y Blanchet agregó:

—Sí, un crimen aristocrático...

Don Anselmo había callado y miraba obstinadamente a don Javier, cuyo rostro se había cubierto de una palidez mate y cuyas manos temblaban al acercar a los labios la taza de café.

En la sala del Gran Café vibró de pronto la voz fina de Judith, la hermosa gitana adivinadora. Los tertulianos más jóvenes se acercaron a ella. La nueva sibila empezó sus vaticinios: riquezas para unos, triunfos artísticos para otros, próximas desgracias para unos cuantos.

Don Anselmo la interrogó:

—Dime, muchacha, ¿es cierto lo que se dice, que tú eres la hija de Estrella?

Los ojos de la joven se entristecieron.

—Sí, señor. Mi madre murió hace mucho tiempo, yo no sé dónde, porque nunca han querido decírmelo.

—A ver,—dijo Espinel,—deja ahora los recuerdos tristes y adivíname a mí la suerte, preciosa.

De improviso Vidal tuvo una idea.

—Venga, don Javier, venga, que Judith va a decirle la buenaventura.

—Yo no creo en eso, respondió el viejo lacónicamente.—Pero ya Vidal se había acercado a él y lo empujaba suavemente hacia el grupo.

—No, no quiero, no quiero, déjeme usted,—decía el aristócrata con una voz que tenía un no sé qué de súplica.

La idea de Vidal había entusiasmado a los jóvenes.

—Ven, Judith, ven, dinos cuando se casa este señor enigmático.

El viejo maquinalmente tendió a la gitana su mano pálida...

Ya no vibraba armoniosa, sino trágica, la voz de la adivinadora, extraña voz de sibila angustiada y escalofriante.

—¡En esta mano veo sangre, una gran mancha de sangre!

En la sala del Gran Café hubo un

silencio expectante. Una lividez intensa desfiguró el rostro severo de don Javier. Entre las de la gitana, su mano tenía un estremecimiento delator. Súbito, Judith retrocedió espantada.

—¡Y es sangre de una mujer... de una mujer de mi raza...!

Don Javier miró en torno. Todos los tertulianos callaban sorprendidos, y don Anselmo, que veía confirmarse su sospecha, lo miraba fijamente con una mirada acusadora y tenaz...

Desde aquel día nadie volvió a ver a don Javier Piquet, enterrado vivo

entre los muros de su palacio. Los criados contaban de él cosas absurdas. El pobre señor estaba loco. Se pasaba días enteros sin comer, sin hablar, mirándose las manos con ojos espantados. Otras veces bajaba al jardín y deshojaba todas las flores para arrodillarse a llorar sobre ellas; hasta que un día los criados salieron despavoridos pidiendo socorro. ¡Don Javier, en un tremendo acceso de locura, acababa de saltarse los ojos con un fino puñal de plata...!

BLANCA I. DE JARAMILLO MEZA
(Colombiana)

Concordia y pan

ESTE día será, en verdad, un día fausto, si el nuevo Presidente esfuerza todo su querer en llenar las dos necesidades más grandes que tiene ahora El Salvador: *Concordia y pan*.

Ciertamente, nunca y en ningún país hubo mayores necesidades que éstas: porque la concordia, es la condición de la vida social, donde quiera que las relaciones entre hombre y hombre no se rigen ya por el sistema de la esclavitud o de la tiranía; porque el pan, es la condición física de la vida misma, y sin él, la concordia desaparece, y si todavía subsiste, es únicamente, en el plano del sacrificio y de la santidad.

Pero si en todo lugar y siempre el sustento y la cordialidad son cosas primarias y básicas, en ciertos países y en ciertos momentos, se convierten en necesidades excluyentes; es decir, que todo debe diferirse y aun sacrificarse, hasta que el ambiente social no haya recuperado toda su necesaria y normal riqueza de cordialidad y vitabilidad. Entiéndase que a esta palabra de vitabilidad, no le damos ninguna significación complicada y oscura, sino la muy sencilla y clara de potenciali-

dad de comer, vestirse y guarecerse bajo techo.

El ambiente social, sea en la familia, en el municipio o en la nación, se hace irrespirable, impuro, mortal, si llega a faltarle una porción bastante de vitabilidad física, que es el pan, y de simpatía, que es la cordialidad.

«Donde no hay harina, todo es mohina», dice un refrán antiguo, en el que se encierra la experiencia del Mundo. Y el Evangelio, que es la síntesis de la experiencia y de la idealidad humanas, afirma que «Todo reino que se divide, perecerá».

Para que todo no se vuelva mohina, es decir, despego, impaciencia, intolerancia, cólera, exasperación e iracundia, es necesario que la gente pueda comer, vestirse y sotecharse. Solamente los enamorados, y eso apenas en los primeros días de la luna de miel, son capaces de quererse con hambre; pero una vez saciado el amor, habla en ellos con voz exigente la necesidad de vivir: de comer, de vestirse, de alojarse, de no empeñar un combate mortal para lograr el sustento de cada día; de no acostarse con zozobra y de no dormir con pesadillas, asfixiados por el negro pensamiento de que al amanecer no se hallará en la casa el trozo de pan ineludible.

Gobernar con tristeza

Gobernar con tristeza no quiere decir echarse en la cuneta del camino, abandonándose al descubierto y a la desesperación. Quienes hablaron de gobernar con tristeza fueron los grandes reformadores de la vida nacional. Hay que sacar de nuestra propia mina, de nuestra vergüenza, de nuestra pesadumbre, los estímulos para la enmienda.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

SASTRERIA

J. A. GRANT

125 vrs. al sur de la "Nueva Botica de San José"
de Mariano Jiménez

ESTILO CORRECTO
CORTE ELEGANTE
PRECIO MODICO
TRABAJO GARANTIZADO

LA MEJOR

Fábrica de siropes y bebidas gaseosas

JUAN LUIS CAMPOS

Calle 5ª sur, entre avenidas 6ª y 8ª sur
Nos. 650 y 656

TELEFONO No. 190

APARTADO No. 935

SAN JOSE, COSTA RICA